

SAN IGNACIO, SOLDADO Y UNIVERSITARIO

Para muchos la figura de San Ignacio queda esquemáticamente trazada con estos dos rasgos: "Un soldado valeroso pero desafortunado que, por un revés, trueca la vida militar por la religiosa y funda una Orden, la Compañía de Jesús".

Estas afirmaciones, ciertas, pero superficiales, mutilan la figura del santo en forma tal que no pueden aceptarse sin graves reservas. Por eso el artículo quiere fijarse, más que en el arreo del capitán o en hechos concretos de su vida militar, en el espíritu que lo animaba. Al mismo tiempo quiere insistir en el carácter intelectual que trató de imprimir a su propia formación y más tarde a la agrupación por él formada.

Soldado.- No asistió a ninguna escuela militar ni necesitaba ese entreñamiento. España toda ella era una Academia militar. En lucha plurisecular vivió el ambiente guerrero y forjó aquellas nutridas generaciones de grandes capitanes y heroicos soldados que se cubrieron de gloria en los campos de Europa y en las inmensidades del Nuevo Mundo. Entre la derrota del Guadalete y la conquista de Granada se va tejiendo una historia casi monótona por su predominio guerrero, donde alternan algunas grandes batallas con escaramuzas y algaradas casi diarias. Cada familia era un relicario, no sólo de bellas tradiciones sino de parientes actores de alguna gesta heroica. Y como si fuera poco todo ello, las luchas regionales de Oñacinos y Gamboinos, en que figuraban los Loyola, daban a su espíritu temple más recio y consistente.

En ese ambiente nació y vivió su infancia y juventud Ignacio de Loyola. La estancia en Arévalo no fue más

que continuación de aquel espíritu guerrero; y cuando se encierra en el castillo de Pamplona para morir antes que ceder, lleva a lógico desenlace los principios asimilados en su vida.

a) **Espíritu de disciplina.**- Al servicio de su nueva vocación llevó al Capitán Loyola pertrechos militares. Otro era su Rey; otro su ideal; otras sus aspiraciones; pero reconoció que entre los elementos de su vida anterior había algunos que podrían serle en extremo útiles. Uno de ellos es el espíritu de disciplina. En el fondo no es más que sometimiento a la autoridad que manda racionalmente, al orden trazado, al plan preconcebido. En número anterior (SIC Enero 1956) expliqué el sentido de la virtud de la Obediencia en la mente ignaciana. No era Ignacio amante de improvisaciones ni apegado irracional a tradiciones. A la movilidad novelera y a la esclerosis tradicional oponía un prudente espíritu de renovación, fruto de serio estudio y consumado tino. Ni se abre la puerta a la anarquía, ni se la cierra a la innovación ni se la tiene en continuo movimiento con excesivas ordenaciones. Abre amplios cauces para nuevos tiempos; como cauces, señalan dirección; como amplios, dejan margen a la iniciativa y libertad. Ejercicios y Constituciones, Cartas y Reglas conjugan admirablemente esos dos factores tan difíciles de armonizar: la libertad personal que no origine la anarquía y la obediencia y sumisión que no degeneren en rutina y esclavitud. Todo ello se consigue mediante un consciente y fuerte espíritu de disciplina.

b) **Espíritu de servicio.**- Es interesante notar la frecuencia con que este vocablo irrumpe en las expresiones de Ignacio. En su Autobiografía le dice a su secretario "que servía en la corte del Rey Católico". Para nosotros ha perdido esa expresión su semántica noble y generosa con que vibraba en el siglo XVI. Porque nada tiene que ver ahí la sumisión degradada del esclavo ni el provecho utilitarista del empleado. El servicio es la **consagración total, leal y generosa**, a los intereses del señor; a su honor, aunque para ello se requieran los esfuerzos de las hazañas o el sacrificio de la sangre. No hizo sino cumplir con el servicio en el Castillo de Pamplona.

En la nueva milicia quiere que sus hijos se entreguen totalmente a ese servicio porque "el hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor" y en su copioso epistolario, la despedida casi monótona, se cierra con esta sentencia: "El

Señor nos dé su gracia para que su santísima voluntad siempre sintamos y enteramente la cumplamos”.

Nota característica de Ignacio es el buscar siempre la mayor gloria de Dios, su mayor servicio. Este fue su lema y el que ha consagrado la Iglesia oficialmente en su oración y el que ha legado a sus hijos. No quería sino vaciar por completo el contenido del vocablo servicio. Con razón dice el P. Nadal en sus escolios sobre las Constituciones: “Si lees alguna vez en las Constituciones solamente a gloria de Dios, entiende a la mayor gloria de Dios. Porque fue la mente del P. Ignacio que cuanto él estableciera y lo que hiciéramos nosotros, todo se enderezara a la mayor gloria de Dios Nuestro Señor y se dirigiera a ello con pura intención de la perfección”.

Por espíritu de disciplina y reacción a la rebelión protestante quiso poner su actividad total al servicio del Romano Pontífice. De sí y los suyos afirma que “sirven a sólo el Señor y a la Iglesia su Esposa, sub Romano Pontífice, a las órdenes del Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra... Esta Compañía y cada uno de los miembros que en ella profesan, militan para Dios, bajo la fiel obediencia de nuestro Santísimo Señor el Papa Paulo III y de los Romanos Pontífices, sus sucesores...”

Todavía bajo el rubro general de servicio pueden alinearse diversas categorías. Al rey sirve el palaciego; por el rey trabaja el honrado ciudadano; pero servicio duro es el de cuartel y guerra más que el de corte y palacio. Para sus hijos quería el campo abierto con las alternativas y fatigas de la pelea, más que la tranquilidad del claustro o la paz del coro. Así entendía el servicio de Dios, como una prolongación con exigencias mayores del servicio militar de su juventud.

c) **Superación del dolor.**- Este servicio y la disciplina exigían un sacrificio total y sin condiciones. Bien sabemos que el dolor moral y físico ahuyentan a muchos de la línea del cumplimiento del deber. Para Ignacio el dolor prácticamente no existía, no porque dejaba de sentir sus garras aceradas en el alma o en las fibras del cuerpo, sino porque había sabido superarlo sometiendo a una idea superior. Abunda su vida en pormenores bien expresivos. “El año de 1552, dice Ribadeneira, partió en el mes de Noviembre para el reino de Nápoles en compañía del P. Maestro Polanco...; y como la mañana que había determinado de partir lloviese a cántaros y el P. M. Polanco

le dijese que sería bien diferir la partida para otro día, porque el agua no le hiciese mal, respondió nuestro Padre: Vamos luego; que 30 años ha que nunca he dejado de hacer a la hora que me había propuesto, negocio de servicio de Nuestro Señor”. Y creía que a la mayor catástrofe que pudiera ocurrirle sin culpa suya en sus asuntos, podría sobreponerse con perfecta tranquilidad, tras un cuarto de hora de oración.

En cuanto al dolor físico buena prueba de su fortaleza la tenemos en su actitud frente al asalto francés del castillo de Pamplona; en las diversas operaciones, o mejor, carnicerías sufridas en Loyola, contentándose, en lo más recio de ellas, con apretar los puños; la calma con que soportó el calvario de sus largas enfermedades y la forma en que se extinguió su vida. Fuera de algunos achaques esporádicos, fue enfermo crónico de litiasis biliar que se caracteriza por sus agudos dolores. En el invierno de 1522 contrajo en Manresa “una enfermedad muy recia” que le causaba “frecuente dolor de estómago”, “gravísimos dolores de estómago”, “varias semanas de sufrimiento”. Estas frases se van repitiendo con una regularidad casi de distribución diaria, debida, dice el Dr. Marañón, “porque seguramente en todas estas ocasiones la vesícula cargada de piedras se inflamó”.

Efecto de sus terribles e indiscretas penitencias, su salud se resintió en forma tal que se vio obligado a buscar alivio con cambios de clima. De París, instado por sus compañeros, vuelve a Azpeitia a gozar de los aires natales. Interrumpe su teología en París por su flaqueza y busca remedio a la enfermedad en la Universidad de Bolonia. No puede resistir aquí las variaciones del clima y marcha a Venecia. Siempre la enfermedad; y a pesar de todo, siempre activo y siempre haciendo frente con vigor a las urgentes necesidades. Sus últimos años fueron una verdadera agonía. Como que se vio forzado en conciencia a presentar la renuncia al supremo gobierno de la Orden por considerarse incapaz. Esa fue la razón del nombramiento como Vicario del P. Nadal.

Su misma muerte, solitaria y sin que nadie se diera cuenta, fue en parte efecto de su dominio sobre el dolor. El 30 de Julio de 1556 pidió los últimos Sacramentos y la bendición del Papa. Ni su secretario Polanco, ni sus compañeros, ni el médico notaron síntomas de inminente gravedad y mucho menos de alarma. Por otra parte el enfermo trataba con todos de la manera

más normal y cordial. A la pregunta del secretario sobre su estado le contestó: "Tan mal me siento, que ya no me queda más que expirar". Así fue; a la mañana siguiente, tras breve agonía, entregaba su espíritu a Dios. Sin embargo, entre dolores y agonía, no perdió la calma ni la paz. Así se sobrepuso a las exigencias del dolor físico y moral.

Universitario. Entre los hechos sobresalientes de la conmemoración cuatricentaria debe catalogarse el de la Universidad de Salamanca. Durante los primeros días de Marzo hablaron en las famosas aulas de la Universidad del Tormes, el Dr. Pedro Laín Entralgo, Rector de la Universidad de Madrid, heredera de la Complutense; el Dr. Antonio Tovar, Rector de la Universidad de Salamanca y el Catedrático de la Sorbona, Mr. R. Ricard. Todavía había puestos para las Universidades de Bolonia y Venecia, pues por sus aulas pasó el Capitán Loyola. Son catorce años que dedica San Ignacio a su formación en las Universidades Europeas. Con razón afirma V. Larrañaga: "Los estudios que en la vida de San Ignacio se extienden desde 1524 hasta 1537 encierran un caso de ejemplaridad pocas veces registrado en la historia. Acaso sea esta su total consagración por catorce años a los estudios uno de los hechos más heroicos, si no el más heroico de su vida". Y comenzando esta tarea a los treinta y tres años.

Pero sin duda ninguna, por diversas circunstancias, fue la Universidad de París la que influyó más hondamente en la formación intelectual de Ignacio. Ni en Alcalá ni en Salamanca pudo hallar la tranquilidad reclamada por los estudios. Por su inexperiencia, su celo apostólico y la hiperestesia de las circunstancias, se vió envuelto en acusaciones, tribunales, cárceles que le obligaron a refugiarse en las orillas del Sena.

Allí pudo vivir el momento europeo en su plenitud; darse cuenta exacta del peligro protestante y planear para el futuro sus grandiosos proyectos. En el ambiente universitario de París escogió los compañeros que habían de formar la Compañía y en la colina de Montmartre, el 15 de Agosto de 1534, emitió sus votos con otros seis compañeros.

Ocho años enteros pasó el Santo en la capital de Francia. Durante dos años (1527-1529) se dedicó a los estudios humanísticos en el Colegio de Monteagudo. Cuatro años (1529-1533) consagró a la Filosofía en el de Santa Bárbara; y finalmente, después de dos años de teología (1533-1535) tiene que salir para Bolonia y Venecia, acosado por su pre-

caria salud (1535-1537). Ambiente de recio estudio y distribución severa reinaba en la Universidad de París, como que algunas de sus clases comenzaban a las cinco de la mañana, aun en riguroso invierno. Ignacio, entrado en años y con el estímulo de sus futuros planes, se distinguió entre sus condiscipulos por su diligente aplicación y aprovechamiento.

Consérvase en París el Diploma de Maestro en artes que se le otorgó el 14 de Marzo de 1535. "...Por eso, deseando nosotros en esto dar testimonio a la verdad, hacemos saber a cuantos les interesa, por el tenor de las presentes letras, que nuestro querido y prudente Maestro Ignacio de Loyola, de la diócesis de Pamplona, ha alcanzado con honra y loa, después de rigurosos exámenes, el título de Maestro en la ilustre Facultad de Artes de París el año del Señor de 1534, después de Pascua, guardadas fielmente las formas y las solemnidades prescritas para estos casos en los estatutos y costumbres de la predicha Facultad de Artes.

En fe de lo cual firmamos las presentes letras sellándolas con nuestro sello. Dado en París, en nuestra Asamblea general solemne de la Iglesia de San Maturino, celebrada el día 14 de Marzo de 1534.

Leroux.

No fue menor su diligencia en el estudio de la Teología. Ciertamente por razón de salud, tuvo que buscar refugio en el clima más benigno de Italia pero son muchos los que alaban su diligencia y aprovechamiento. Los testimonios de sus compañeros (y eran ellos profundos hombres de ciencia), reconocen su sólida formación. Láinez aseguraba que fue "uno de los buenos estudiantes y el más diligente de todos en su curso y creo que de muchos otros". No es menos explícito Nadal cuando atestigua: "A nosotros nos hacía maravilla, cuando tratábamos delante de él alguna dificultad; y un doctor, persona insigne, dijo admirándose de nuestro Padre que no había visto hombre que con tanto señorío y majestad hablase en materia de Teología".

Gratos eran los recuerdos que Ignacio guardaba de su vida estudiantil en París y honda la estima que conservaba de profesores, sistemas y métodos. Decididamente le recomienda ese centro de estudios a su hermano mayor Beltrán que buscaba un instituto para su hijo Millán: "Y si otro parecer mejor no tenéis, creo que no sería daño en ponerle más en Teología que en Cánones, porque es materia más propinqua

y dispuesta para ganar riquezas, que para siempre han de durar y para daros más descanso en vuestra senectud. Para alcanzar esto, creo que en ninguna parte de la Cristiandad hallaréis tanto aparejo como en esta Universidad. Para su costo, Maestro y otras diligencias de estudio, creo bastarán cincuenta ducados año, bien proveído. Pienso que en tierra extraña, diversa y fría, no queréis que vuestro hijo pase necesidad, que el estudio le pueda impedir. Según mi juicio, si miráis la costa, en esta Universidad ganáis con él, porque más fruto hará aquí en cuatro años que en otra que yo sepa en seis; y si más me alargare, creo que no me apartaría de la verdad".

No han tenido en cuenta esta vida universitaria de Loyola cuando se extrañan de la profundidad con que trata de la formación intelectual en las Constituciones. Harto más acertado es Dudson quien, después de resumir las principales ideas en esta materia, expuestas por San Ignacio, concluye con estas palabras: "En todas estas prescripciones aparece el hombre del siglo XVI, el antiguo estudiante de Alcalá y París para quien el saber es medio indispensable de autorizar el apostolado".

En el discurso, con que el Ministro de Educación de España clausuró los brillantes actos de la Universidad de Salamanca, insistió sobre el amor de Ignacio a la Universidad y la comprensión de su importancia. Entresacaré algunos párrafos: "San Ignacio fue un gran estimador de la Universidad. La idea de la Compañía de Jesús, fundamentalmente adquirió forma en su espíritu durante su estancia en los medios universitarios de París y universitarios fueron sus primeros compañeros. Fue universitaria en gran medida su empresa en un doble sentido: en el que subrayó en sus CONSTITUCIONES, y en numerosas cartas e instrucciones en las que señaló la importancia que, para conseguir el fin verdadero de iluminar las almas y llevarlas hacia Dios tienen los estudios de las Letras. La

importancia que siempre concedió a los Colegios formativos, propiamente dichos y a las Universidades, no sólo para él, sino para la formación de su propia Milicia, avalan esta inquietud universitaria...

Pero más que todo esto nos importa aún su actitud humana ante la Universidad. Escribiendo a mediados de abril de 1554, al príncipe Fernando, Rey de los Romanos, señala entre los remedios que más conviene usar contra la herejía que avanzaba en Alemania el que había "en las Universidades quienes, con ejemplo de su vida religiosa e integridad de su doctrina católica, procuren inducir a otros al bien. Acepta la invitación del príncipe para fundar un Colegio en Viena; piensa levantar una Universidad hasta en el Oriente y envía instrucciones al P. Núñez, Patriarca de Etiopía. Tan grande es la fe de Ignacio en la importancia de la Universidad, que no sólo se preocupa de la formación y constitución de las casas propias de la Compañía para la formación cultural de sus miembros, sino de extender la acción sobre las Universidades, como medio para emprender su misión apostólica. San Ignacio tiene una visión clara de lo que aporta la Universidad en la conquista de un pueblo. Sabía también que tenía sus leyes propias; que hay que tratarla de determinado modo para que no deje de ser lo que por naturaleza es; órgano de introducción de ideas y personas... Enseña San Ignacio en sus luminosas orientaciones a estimar la Universidad en lo que es y en lo que vale; a respetar sus leyes internas y sus modos de ser, a alentarla y estimularla en su servicio a los altos valores del espíritu...".

En Ignacio el soldado y el universitario se fundieron admirablemente. Con su acero templó el primero su corazón; con la luz iluminó el segundo su inteligencia. Así surge su figura colosal, donde la gracia perfecciona y eleva la naturaleza en un conjunto armónico y acabado que será admiración y ejemplo de los siglos.

VICTOR IRIARTE, S. J.